

LA ONOMÁSTICA COMO MEDIO DE REFERENCIACIÓN, TIPOLOGIZACIÓN Y UNIVERSALIZACIÓN HISTÓRICAS

FRANCISCO BÁEZ DE AGUILAR GONZÁLEZ
Universidad de Málaga

RESUMEN. Los nombres, su origen, su significado y su relación con el individuo al que designan han despertado desde siempre el interés de legos y doctos. En la literatura los nombres de los personajes suelen ser igualmente un medio cotidiano y de relevancia central. Ana María Matute en su trilogía *La Torre Vigía - Olvidado Rey Gudú - Aranmanoth* se sirve de esta tradición funcionalizando de manera muy especial no sólo el significado de los nombres sino también su mera existencia o enunciado en la obra y su ortografía, concretamente las iniciales mayúsculas. La onomástica de esta trilogía trasciende la mera función referencial, que permite al lector identificar el mundo descrito con los mundos reales y fantásticos que conoce, para desempeñar una función tipologizadora de personas, animales, plantas, objetos, lugares, hechos..., que permite al lector generalizar lo narrado y aplicarlo a cualquier otro momento de la historia de la humanidad.

PALABRAS CLAVE. Ana María Matute, *Olvidado Rey Gudú*, Onomástica, Ortografía, Mayúsculas iniciales, Tipologización Histórica, Referenciación Histórica, Universalización Histórica, Edad Media, Fantasía.

ABSTRACT. The names, their origin, their meaning and their relation with the individual they designate have always raised as well the interest of the common, intellectual or scientific folks. In Literature, names are usually a quotidian and central means. Ana María Matute's follows this tradition in her trilogy *La Torre Vigía - Olvidado Rey Gudú - Aranmanoth* functionalizing in a very special not only the meaning of the names but also their mere existence or enunciation in the trilogy and their orthography, concretely the capital initials. The names in this work transcend the mere referential function that allows the reader to identify the described world with the real and fantastic worlds he knows and fulfils a typologizing function of people, animals, plants, places, happenings..., that allows the reader to generalize the narrated and to apply it to any other moment in mankind's history.

KEY WORDS. Ana María Matute, *Olvidado Rey Gudú*, Onomastics, Orthography, Capital Initials, Historical Typologization, Historical Referentialization, Historical Universalization, Middle Ages, Fantasy.

El origen de los nombres y su significado ha despertado desde siempre el interés de legos y doctos. El acto de nominación de los hijos es un evento de tal importancia que desde tiempos ancestrales tiene lugar en el marco de unos rituales en mayor o menor grado complejos y trascendentes. Todavía hoy encontramos pueblos que atribuyen al nombre primero del individuo un poder que permite a quien lo conoce dominar los actos y la vida misma del portador y anular su propia voluntad. Por ello, este nombre sólo lo conocen unos

pocos allegados, y en la vida cotidiana se usa un pseudónimo. En nuestra sociedad occidental los individuos poseen no pocas veces diferentes «seudónimos» que permiten al individuo según la situación establecer barreras de defensa o lazos de confianza con sus interlocutores y viceversa.

Otros valores de los nombres y su relevancia dependen también del momento histórico. En la Edad Media los nombres no sólo hacían referencia a los individuos y a su origen geográfico sino ante todo a su origen y estatus social y religioso. Recordemos la relevancia de la limpieza de sangre en la España medieval y moderna, pero también hace tan sólo unas décadas cuando se obligó a los judíos alemanes no sólo a llevar una estrella de David fijada en la ropa, sino a adoptar apellidos que los identificaran claramente como judíos.

Con una trascendencia menos trágica, pero igualmente relevante hemos observado también en los últimos años las grandes disputas de adaptación onomástica - antroponímica y toponímica - en nuestras comunidades con lengua propia, especialmente en Cataluña, el País Vasco y Galicia.

Salvo investigaciones genealógicas más o menos serias, la relevancia social de la onomástica no ha ido acompañada de una justa investigación científica o filológica. Aún en 1992 comenta D. KREMER en un artículo sobre la antroponimia del español, (*LRL* 1992: 458) el carácter marginal o meramente instrumental de la Onomástica en la Hispanística y en otras disciplinas. Desde entonces la situación ha ido cambiando favorablemente: en 2001 A. M. CANO GONZÁLEZ y D. KREMER destacan en su artículo sobre los nombres propios del *LRL* «que por primera vez en una obra de conjunto y panrománica como es el *LRL* se le conceda una atención específica [a la onomástica], como prueban los tres artículos monográficos de carácter general [...] que [...] hablan del interés, cada vez más creciente en los últimos años, de los lingüistas por la onomástica y del deseo de los editores de concederle un lugar autónomo y específico dentro de la obra» (*LRL* 2001: 868). También en los congresos internacionales de lingüística y filología románicas son cada vez más numerosos los trabajos sobre onomástica, especialmente en el campo de la toponimia. Y en la última década autores como JOSÉ LUIS ROMÁN DEL CERRO y THEO VENNEMAN han presentado y desarrollado revolucionarias teorías sobre el origen de los topónimos hispánicos y europeos respectivamente¹ que están permitiendo o motivando innovadoras reinterpretaciones como la del topónimo *al-Andalus* (G. BOSSONG 2002).

Esta consolidación de la Onomástica como ciencia independiente ha permitido una considerable diferenciación y ampliación temática y metodológica en cuyo contexto científico quisiera enmarcar el presente estudio sobre *Olvidado Rey Gudú* de ANA MARÍA MATUTE.

ANA MARÍA MATUTE Y SU TRILOGÍA: LA TORRE VIGÍA - OLVIDADO REY GUDÚ - ARANMANOTH

A. M. MATUTE publica *La torre vigía* en 1971 y a continuación redacta la primera versión de *Olvidado Rey Gudú* que no se atreverá a publicar hasta 1996 tras haberla reelaborado intensamente ante el enorme interés en esta década por la novela histórica medieval y de Fantasía. La trilogía se cierra en el 2000 con *Aranmanoth*. En las tres obras la

¹ Véanse entre otros J.L. ROMÁN DEL CERRO 1990, G. BOSSONG 1993, 2002 y T. VENNEMAN 2003.

autora hace honor a su pasión por el mundo de los cuentos y el de la Edad Media. En el primero, considerado generalmente un mundo de la fantasía, se desarrollan para la autora aquellas

[...] leyendas que mostraban sin hipócritas pudores las infinitas gamas de que se compone la naturaleza humana. En ellas están reflejadas en pequeñas y sencillas historias, toda la grandeza y la miseria del ser humano. (R. MORA 2001)

En el segundo, el de la Edad Media, considerado generalmente un mundo de la más cruda realidad y naturaleza humanas, no sólo

[...] podemos encontrar la espiritualidad perdida. Es un momento de la Historia curioso porque mezcla esa espiritualidad con la brutalidad que se vivía en aquel momento. (R. MORA 2001)

sino que además

En esa época, la gente estaba inscrita en un mundo de fantasía, creía profundamente en las hadas, las brujas, el demonio; les creían, les temían, les ponían quesito a la puerta de las casas para que se alimentaran y no estropearan la cosecha. No puedo escribir una novela situada en la Edad Media sin tener en cuenta que esto era un hecho cotidiano. (A. RUIZ CAMACHO 1996)

La simbiosis del mundo real con el de la fantasía y viceversa se refleja plenamente en la trilogía de A. M. Matute pero con una diferenciación peculiar:

En *La torre vigía* predomina la temática o ambientación medieval y los elementos fantásticos son más bien marginales.

En *Olvidado Rey Gudú* se describe un mundo medieval en el que los elementos fantásticos son cotidianos.

Y en *Aranmanoth*, los términos se invierten y nos encontramos en un mundo fantástico, en un mundo de los cuentos, en el que los elementos reales, medievales, son cotidianos.

La Edad Media parece ser para la escritora un escenario que permite de manera ideal que la acción trascienda el limitado cronotopos escénico y narrativo y se tiña de universalidad, manteniendo al mismo tiempo una relación inmediata con nuestro mundo real:

Escribo de la Edad Media, pero nunca me olvido de los que en cualquier época y en cualquier lugar sufren, lloran y padecen maltrato. Yo estoy con ellos. [...] La Edad Media, es un elemento que nos ayuda a explicar muchas de las cosas que ocurren hoy. La Edad Media no pertenece al pasado, la Edad media está aquí. (J. A. DULCE 2001)

Quizás no sea muy descabellado pensar que la trilogía misma es una especie de tríptico que muestra un camino trazado frecuentemente por A. M. MATUTE en sus obras y entrevistas: el que va desde el mundo real, del medioevo, determinado por la injusticia y el poder abusivo de las personas: el mundo de los adultos, hacia el mundo de la fantasía, de los cuentos, donde se defiende el amor y a las personas limpias de corazón, un mundo en el que no tiene cabida la soberbia del poderoso: el mundo de la inocente infancia:

[...] ahora lo que pienso es que los mayores quieren convertir el mundo en una farsa, y lo consiguen bastante. En este mundo siempre hay uno que avasalla a otro.

[El niño] es solitario sencillamente porque no pertenece al mundo de los mayores. Siempre digo y repito que el niño no es un proyecto de hombre, sino que el hombre es lo que queda de un niño, que es un mundo total y cerrado y redondo, y ahí no entra nadie más que su fantasía y otros niños. Los adultos no entran, y por eso es un ser solitario; no porque no pueda expresarse, que lo hace perfectamente con los suyos, y conmigo también. (E. PITA 2001)

En este mundo medieval encontramos el hilo rojo que hace de tres narraciones diferentes en contenido y forma una trilogía: hombres para los que sus mujeres e hijos son un mero instrumento dinástico, un medio para conseguir su inmortalidad, hombres que desconociendo el amor procrean hijos que los traicionan a ellos y a sus hermanos —el cainismo, como lo llama A. M. MATUTE—; niños que pierden su inocencia al ser obligados a convertirse en adultos y tornan su amor natural en tiranía; esposas-niñas entregadas al cuidado de guardianes en los que surge con el tiempo un amor correspondido; guerra, abandono, muerte, dolor, crueldad; seres fantásticos; viticultura; bosques, manantiales, seres y hechos sobrenaturales... El escenario, los personajes y las acciones medievales y fantásticas de la trilogía recogen las vivencias del mundo real y del mundo de los sueños de la autora, las proyectan hacia nuestro presente y les otorgan validez universal. Y la onomástica de la trilogía desempeña un papel primordial en todo ello.

LA ONOMÁSTICA COMO MEDIO DE REFERENCIACIÓN, TIPOLOGIZACIÓN Y UNIVERSALIZACIÓN HISTÓRICA

Una de las principales funciones de los nombres en la literatura es la referencial, ya sea aludiendo al origen, el carácter o la función de los personajes en la historia narrada y en la real del lector. Si en la vida real los nombres suelen ser creados y modificados según unos procedimientos generalmente comunes a las diferentes culturas y épocas, en la literatura el autor puede y suele ir más allá sirviéndose de procedimientos de creación onomástica propios para alcanzar en su obra, o a través de ella, determinados fines narrativos, lingüísticos o sociales, como bien podremos ver en el siguiente estudio de la trilogía de A. M. MATUTE *La torre vigía - Olvidado Rey Gudú - Aranmanoth*.

La onomástica en esta trilogía es un elemento que ya por su ausencia o presencia desempeña un papel primordial a la hora de referenciar el carácter de estos mundos de la realidad y de la fantasía, pero la cuantía y la cualidad de los medios utilizados por la autora trascienden la mera referenciación y (re)crean tipos que finalmente otorgan a lo narrado un carácter o valor universal.

En *La torre vigía* salta a la vista la escasez de nombres propios, a pesar de los numerosos personajes que surgen y desaparecen a lo largo de la novela. El protagonista mismo carece de nombre. Los únicos antropónimos propios son el del señor del protagonista, el *Barón Mohl*, el del caballero *Ortwin*, su *Ayudante de Cámara*, y el del *Conde Lazsko*, su mayor enemigo. La esposa del Barón es citada como *Baronesa Mohl* o meramente por su título. Los restantes personajes, incluidos los familiares del protagonista,

se han de contentar con el simple apelativo. El único nombre citado perteneciente al entorno del protagonista es el del maestro de armas que su padre le diera, *Krim*, aunque debe compartirlo con su caballo de manera que para distinguir a uno y a otro el protagonista los nombra *Krim-Guerrero* y *Krim-Caballo*; además ni siquiera está seguro de que éste fuera su verdadero nombre:

Aquel caballo significó mucho para mí [...]. Le llamé Krim, y el caso es que este nombre es el mismo con el que distingue mi memoria al maestro de armas que me diera mi padre y del que antes hablé). Nombrándoles a ambos por igual, no acierto a descifrar cual de ellos dio al otro su nombre: tan escasos eran los modelos en que se apoyaba mi imaginación. (*La torre vigía* 30)

Curiosamente los animales sí suelen portar un nombre propio: *Hal* y *Kunh* (el caballo y el halcón del Barón Mohl respectivamente), *Tristeza*, el caballo de un jinete anónimo muerto, o el citado *Krim-Caballo*.

También se leen algunos antropónimos de personajes bíblicos *San Gabriel*, *San Arlón*, *Satán* y unos pocos nombres transparentes como *el Gran Rey*, *el Ángel Blanco*, *el Señor de la Muerte* o *el Príncipe de las Tinieblas*.

Los únicos dos topónimos propios son *el Gran Río* y *Septentrión*.

En *Aranmanoth*, el carácter predominante de cuento no sólo influye sobre el estilo narrativo y los personajes, sino también sobre la onomástica. Si bien aquí los protagonistas reciben un nombre propio —*Aranmanoth* y *Windumanoth*, respectivamente ‘Mes de las Espigas’ y ‘Mes de la Vendimia’ en el calendario carolingio—, los pocos nombres propios de otros personajes parecen concederse sólo como en respuesta a la demanda de un niño o adulto imaginario que está escuchando o leyendo el cuento, y remiten tanto a un origen románico —*Liliana*, *Mengoa*, *Nores*— como germánico —*Mut*, *Gero*, *Orso*, *Lie*, *Erica*—.

Los únicos topónimos propios son el *Gran Río* y las tierras de *Nores*. Obsérvese la coincidencia con los igualmente dos únicos topónimos de *La torre vigía*: *el Gran Río* y *Septentrión*.

En *Olvidado Rey Gudú*, donde, a lo largo de casi mil páginas, se narra la historia de un gran Reino desde su nacimiento hasta su desaparición en el olvido, la situación onomástica es completamente diferente: Por un lado, desde la primera página el lector se ve confrontado con un variopinto sinfín de nombres propios de lugares y personas, pero también de hechos y cosas, que aunque en su mayoría sean imaginarios, evocan, como ya en *La torre vigía*, nombres de nuestro mundo real y sus correspondientes referentes. Por otro lado, llama pronto la atención la enorme cantidad de apelativos escritos con mayúscula inicial, convertidos así en nombres propios.

El listado y la clasificación de todos los nombres de *Olvidado Rey Gudú* supone un trabajo ingente dado que se trata de una novela en la que se recrea todo un mundo y se narra la saga de una familia a lo largo de varias generaciones. Por ello me limito aquí a la primera parte de la obra que en la edición del Círculo de Lectores usada ocupa una extensión de 240 páginas, y a algún que otro ejemplo significativo de las tres partes restantes y de las otras dos novelas de la trilogía.

Los procedimientos que A. M. MATUTE emplea para crear los nombres propios en *Olvidado Rey Gudú* son múltiples, y aunque algunos ofrezcan ciertas peculiaridades, coinciden esencialmente con los de la tradición onomástica (real y literaria). No obstante, hay dos procedimientos generales que destacan claramente y que tienen que ver con la función que los nombres desempeñan en la novela:

- la predominancia de nombres que evocan un origen germánico, nórdico o asiático con matizaciones geográficas bastante concretas, y
- la ya mencionada abundancia de apelativos escritos con mayúscula.

Estos dos aspectos son los que dan lugar a las dos hipótesis que quisiera presentarles aquí:

- 1ª. Las referencias evocadas por los nombres propios y gran parte de los apelativos convertidos en nombres propios a través de mayúsculas iniciales permiten identificar la historia de la stirpe de los Olar, por un lado, con la de los pueblos del Imperio de Occidente cuando las invasiones germánicas y, por otro lado, con la de los feudos cristiano-visigodos que partiendo del norte de la Península Ibérica fueron expandiendo su poderío y territorios durante la Reconquista y tras alcanzar un máximo esplendor desaparecieron en el olvido. Se le otorga así un carácter real y concreto a lo narrado.
- 2ª. El reiterado uso de apelativos escritos con mayúsculas iniciales pretende destacar y asegurar, además, el carácter tipológico de las personas, lugares, objetos o hechos referenciados con el fin de otorgarles al mundo y a los hechos narrados un carácter o valor universal.

EL REINO DE OLAR: ¿REINO CRISTIANO EN EL NORTE PENINSULAR, REINO (GERMÁNICO) CENTROEUROPEO HACIA 1000 A. C.?

A. M. MATUTE nos narra en *Olvidado Rey Gudú* la historia de un pueblo situado en algún lugar fronterizo con el Occidente y el Norte de un «mundo» semificcional representado en un mapa al principio de la obra. Semificcional porque, como se decía antes, la forma de la mayoría de los topónimos y antropónimos imaginarios suelen constituir una referencia inequívoca hacia nuestro mundo medieval, hacia aquella época hispana y europea caracterizada durante siglos por las luchas contra los invasores germánicos y musulmanes y las pugnas territoriales entre los señores feudales.

Junto a nombres imaginarios que por su estructura grafemática o fonemática evocan un origen románico —*Ansélico, Abundio, Dolinda*—, visigodo —*Weringios, Arniswalgo, Silcasmundo*— o nórdico-oriental —*Volinka, Urdska, Krejko, Hukjo, Gudrilkja*—, encontramos nombres reales como *Ancio, Arno, Maguncios*, que, todos ellos en su conjunto, recuerdan la situación onomástica que reinaría en el Imperio de Occidente cuando las invasiones bárbaras, o en el Norte de la Península Ibérica en los tiempos de la Reconquista. Estas referencias son reforzadas 1º. **por antropónimos y topónimos reales** como *Gurko* (véase *Gurkha*: casta militar hindú-tibetana de Nepal), *Kiro* (nombre yugoslavo, *Kirov* en ruso), *Arán* (véase Valle de Arán), *Lure* (véase Provenza: Montañas del Lure) o *Gudú*, que en vasco significa 'lucha' y refleja la característica más destacada del personaje central de la novela, de su reinado, del milenio de la Edad Media y del de la Reconquista y, lamentablemente, de toda la historia de la humanidad; pero «Gudú» remite también a «godo» subrayando tanto la localización histórica entre los cristianos del Norte peninsular, herederos del reino visigodo hispano, como la localización (germánica) centroeuropea.

Véanse topónimos como *Godos, Gudín, Gudino, Goda...* (R. LAPESA 1981: 117). **2º. por nombres transparentes o significantes** como *los Jinetes Esteparios, las Hordas ecuestres llegadas de la estepa, las Hordas a caballo, las Hordas Ferozes, las Hordas del Este, la Tierra de Nadie* (recuérdese la franja despoblada a lo largo del Duero), *la Marca* (carolingia)... **3º. por nombres comunes con claras referencias geopolíticas, gentilicias y socioculturales** como *margraviato* (institución claramente germánica), *horda de piratas nortehños* (refiriéndose a los vikingos), *fiordos, estepa, praderas, tundra, taiga, sarracenos, cristianos...* Sin olvidar, por supuesto, otras múltiples referencias de la propia narración.

La historia de *Olvidado Rey Gudú* comienza hablándonos de los hijos del Conde Olar, de como éste obtuvo los terrenos fronterizos por sus buenos servicios del Rey de Occidente, donde construiría «el tosco **Torreón** de madera que más tarde sería Castillo, y mucho más tarde aún, centro de un **Gran Reino**» (*Olvidado Rey Gudú* [=ORG] 25)², y nos cuenta la saga de su familia a lo largo de las cuatro generaciones siguientes: la de *Sikrosio*, su primogénito, para el que poco antes de morir consigue el título de Margrave; la de *Volodioso*, que asesina a su propio padre y se instituye en Rey; la de *Gudú*, único hijo legítimo de Volodioso, que casi consigue convertir el Reino de Olar en un gran imperio, pero que ha de ver como todos sus hijos —legítimos y bastardos— ya mayores mueren, y con ellos, toda esperanza de que su linaje continúe y él sea recordado para siempre. Es la historia de unas generaciones cuya vida se desarrollaba entre guerras civiles y guerras de conquista o de defensa frente a los invasores, unas generaciones que a pesar de la miseria material y humana reinante no terminaban de perder la esperanza de un futuro mejor y en paz. Unas generaciones a las que les fue robada la infancia, pero que, quizás por ello, consideraban el mundo de la fantasía, de los duendes, tragos, hadas, demonios y dioses como real. Un mundo en el que los nombres transcendían la mera función identificadora.

Procedimientos de creación onomástica

Entre los procedimientos concretos que utiliza A. M. MATUTE para crear los nombres del mundo de Gudú encontramos:

Caracterización grafemática o fonemática:

Como se exponía antes, el uso de ciertas grafías o combinaciones grafemáticas permite al lector identificar gran parte de los antropónimos que aparecen en *ORG* con los de ciertas regiones, pueblos o países del mundo real. Así las grafías y agrupaciones consonánticas <k>, <w> <jk>, <kj>, <rdsk>, <h> remiten a un origen nórdico, germánico, visigodo en nombres como *Sikrosio, Sirko, Wersko, Arniswalgo, Kiro, Krejko, Hukjo, Gurko, Pahl, Volinka, Urdska, Gudrilkja...*

A veces, es la estructura fonemática completa del nombre la que nos hace recordar antropónimos reales como en *Silcasmundo > Sigismundo, Laurio > Lauro, Ansélico > Angélico...*

² El *subrayado* en negrita y cursiva aquí y en lo sucesivo es mío.

Modificación grafemática y acronimia:

Olar < ol[vid]ar, *Sirko* < Sikrosio, *Volodioso* < Volinka + Sikrosio...

El nombre *Olar* en mi opinión es una forma sincopada de «ol[vid]ar», a favor de esto habla la relevancia que tiene «el olvido» en la novela, especialmente para el personaje principal, el Rey Gudú, pero también para cualquier otro conquistador de tierras. Este procedimiento es utilizado igualmente en el caso de *Sirko*, hijo de *Sikrosio* (con una metátesis). *Volodioso* está formado a partir de los nombres de sus padres *Volinka* y *Sikrosio*, bastante odiado, por cierto, por todos; y por el mismo procedimiento es bautizado el perro de *Aranmanoth* y *Windumanoth* al que «Al fin decidieron que lo llamarían *Aranwin*, puesto que era el principio de sus dos nombres.» (*Aranmanoth* 66). Recuérdese aquí que en España y parte de Latinoamérica los hijos reciben el primer apellido de sus padres, y que, aunque la acronimia sea un procedimiento de creación léxica moderno, ya en Torres Naharro encontramos *necenciado* < necio + licenciado y en Tirso de Molina *laquipaje* < lacayo + paje (M. CASADO VELARDE Y F. GONZÁLEZ ÖLLÉ 1992: 106).

Transformación por sufijación:

Gudú - *Gudulín* - *Gudulina* · *Raigo* - *Raiga* · *Yahek* - *Yahekia*...

Transformación por prefijación/modificación de raíces:

Krejko - *Hukjo* · *Sikrosio* - *Roedisio* - *Volodioso* · *Ancio* - *Bancio* - *Cancio* - *Dancio* - *Encio* - *Furcio*...

Esta última serie recuerda, por un lado, la costumbre de nombrar los hijos siguiendo el orden alfabético de los nombres bíblicos. Por otro, *Ancio* puede interpretarse como intertexto histórico del nacimiento de los crueles Nerón y Calígula en la ciudad romana de *Anzio* si tenemos en cuenta el carácter que le asigna A. M. MATUTE al personaje:

[...] el mayor daba incluso pruebas, si no de verdadera inteligencia, sí de una taimería páfida y poco común que le valió el sobrenombre de El Zorro. [...] Ancio el Zorro fue pronto asiduo acompañante del Conde Tusó [...] (ORG 83)

[...] Y de esta forma disuadió a El Zorro de sus impulsos infanticidas. (ORG 197)

[...] no había ambiciones semejantes en los ojos de Ancio: sólo bajo las órdenes de un Amo, se abría paso el más diestro ejecutor de humanas supresiones y torturas. En aquel momento, una oscura decisión cuajó en el Consejero —que aún sabiéndose nacido para Amo de perros semejantes, se estremecía a la sola vista de la sangre. (ORG 197)

También hemos de considerar el aspecto lúdico y humorístico de la serie que alcanza su clímax con el **sexto** nombre:

[...] el menor era un niño monstruoso que se llamaba **Furcio** [...], le gustaba tanto como a sus hermanos robar, matar, atropellar y jugar a los dados, pero todo parecía hacerlo con sibilino candor y dulce sonrisa. (ORG 83)

En cuanto a **Furcio**, el menor de los seis [...] acababa de cumplir ocho años. [...] Como dato particular —aparte de ser el único hermoso de los Soeces—, revelóse este niño tan lujurioso como un mono, y a despecho de su tierna edad [ocho años], tales inclinaciones podían apreciársele sin rebozo alguno y de forma muy evidente. (ORG 191)

Nombres significantes, transparentes o hipocorísticos

Este procedimiento de nominación con nombres significantes o de índole hipocorística es característico de la Edad Media, pero A. M. MATUTE lo enriquece de manera especial, al igual que en *Furcio*, con sus connotaciones irónicas o humorísticas:

Así, aliteración aparte, el nombre del personaje **Abad de los Abundios** (ORG 29) —a veces también metonímicamente **Abad Abundio**— a través de «abundancia» evoca el tópico de la riqueza de las ordenes religiosas, aunque en la Edad Media más de una congregación monástica sobrevivía sumida en la pobreza y al borde de la muerte por inanición. Este nombre aparece además en la expresión «ser más tonto que Abundio» (véase *Diccionario del argot español* de V. LEÓN s. v. «Abundio»), característica que también se les asigna a veces a los monjes en la Edad Media.

El nombre de la primera esposa-niña del Rey Gudú, la Princesa *Tontina*, nos hace sonreír:

[...] cierto extraño Rey accedía a casar su hija, la Princesa Tontina, con el poderoso, joven y glorioso Rey Gudú [...].

El rey Gudú tomo el retrato en sus manos. [...]

—Ah, está bien —dijo Gudú—. ¿Qué edad tiene?

—Trece años —mintió su madre, pues tenía once.

—¿Y cómo decís que se llama?

—Tontina —dijo la Reina.

—Ah, no —dijo el Rey con decisión—. Habrá que cambiar un nombre tan ridículo. No es posible una Reina que se llame Tontina. (ORG 317-318)

Y aunque la autora rectifique inmediatamente en boca de la reina Ardid (antónimo referencial) lo evocado por el nombre:

—Pero hijo, no te preocupes por esas nimiedades —dijo Ardid—. Tontina, en su país no significa lo mismo que en el nuestro. (ORG 318),

una cincuentena de páginas mas adelante se retracta sutilmente

En el transcurso de aquella larga comida, Ardid susurró a oídos de su querido Almíbar:

—Si tal vez mi hijo se equivocó al torcer el gesto, cuando oyó el nombre de su prometida, quizá me equivocaba yo también cuando le dije que ese nombre no significaba lo mismo en aquellas tierras que en éstas, las nuestras. (ORG 373).

En éste y en otros muchos casos (pp. 52, 54...) A. M. MATUTE subraya y tematiza así la relevancia semántica de estos nombres hablantes y del mismo acto de la nominación en su obra:

Solamente *su nombre* [Río Oser] —*llegado a ellos no sabían como*— les estremecía [...] (ORG 21)

[...] los *Diablos Negros* —*como los llamaban los olarenses* [...] y por ende, *los negros jinetes* no eran otra cosa que *negros diablos* —*de tal idea nació tal nombre*— surgidos de aquellas Tinieblas. (ORG 164-165)

Sikrosio [...] veía claramente que Almíbar seguía con la mirada y la sonrisa el revoloteo y el piar [...] de los *pájaros*. [...] Con él subió a la Torre [...]. hasta allí subieron también los *Pájaros Sin Nombre* de Volodioso [...] (ORG 63)

[...] y Volodioso apareció radiante a la *Puerta Volinka* —*llamada así en honor de su madre*, ya que era la más grande e importante de la ciudad— [...]. (ORG 178)

Tan sólida era su ignorancia, que jamás llegó a diferenciar cabalmente su mano derecha de la izquierda, ni conocía otra cosa que el nombre de los animales que le rodeaban. Con el de las personas que le rodeaban solía embarullarse de tal modo, que acabó llamando a todos Pahl —ya que este nombre era breve y, según le venteaba la memoria, se prestaba a variaciones aproximadas—, y a duras penas llegó a memorizar correctamente el nombre de sus hijos, a pesar de haberlos inventado él: tras haber obligado al capellán a recitarle todo el Santoral [...] los rechazó todos por —según él— insuficientes. (ORG 47)

—Lo primero que vamos a hacer es buscarte un nombre por el que nadie te reconozca: pues atino que el que llevas puede serte muy peligroso.

Reflexionó y al fin quedó decidido que desde ese momento la llamaría *Ardid*, «porque este nombre no puede decirse exactamente si es propio de hombre o mujer y de casta noble o villana; sin contar con que (y juzgando tu temperamento) te cuadrará bien» (ORG 112)

Exquisito ejemplo de la transparencia antroponímica deseada y de su relevancia es el apellido *Soez* de la amante de *Volodioso* y madre del ya aludido *Furcio*. La frecuente declinación de este apellido subraya de manera inequívoca la función apelativa del adjetivo subyacente.

Estos hermanos [...] eran fruto de los amores de Volodioso y *una tal Condesa Soez*, vieja amante del monarca. Se contaba que esta *Condesa* fue, en su momento, la dulce y tierna amante de Wersko [...] viuda de *un tal Conde Soez*, barón de grandes virtudes, pero que tuvo la mala ocurrencia de desposarse con tan apetitosa criatura estando ya [...] con un pie en la sepultura. [...] al día siguiente a sus esponsales, *el viejo Soez* murió. Al oír estas palabras, Volodioso explayó sus sentimientos [...] en grandes carcajadas.

—¿*Soez*? —gritaba, alborozado—, ¿Cómo es posible que alguien se llame así?

El Conde Tusó respondió con gravedad:

—Ciertamente, Majestad: *del noble tronco Soez, de la muy antigua rama de los Soeces*³.

—Ah... —dijo Volodioso, un tanto arrepentido de su ignorante explosión. Y no volvió a mofarse de aquel nombre. (ORG 80-81) [¡Recordemos en esta reacción el famoso cuento de Christian Andersen *El traje nuevo del emperador!*]

La historia y origen del joven Príncipe Predilecto era muy diferente a la de *los Soeces*. (ORG 84)

Los hermanos Soeces experimentaban una viva y razonable antipatía por la Reina [...]. (ORG 189)

Pese a todo, la furia de supervivencia que alimentaba a *los vástagos de la raza Soez* [...] manteníanlos en tan vivaz como roqueña salud, que más de un amarillento cortesano hubo de maldecirles y envidiarles. (ORG 194)

A. M. MATUTE pone la puntilla haciendo que Volodioso, cuando el conde Siscalmundo le ofrece su hija, licencie *a la Soez* (ORG 92) y la case

[...] con un antiguo y pobre vasallo [al que] Todos le llamaban *Caralinda*, pues tenía ciertamente, una linda carita de niña [...]. Tras la ceremonia en Olar, *la Soez* regresó al Sur con su marido, algunos regalillos y un fraile para la capilla. [...] a *Caralinda* no le placían en absoluto las mujeres sino lo contrario [...].(ORG 82)

El nombre *Roedisio*, hijo de *Sikrosio* y hermano de *Volodioso*, permite relacionar al personaje con los miembros de su familia, pero también apunta a su carácter de roedor, de rata. Idea que nos confirma la autora cuando narra cómo la madre en su lecho de muerte por el maltrato recibido de su esposo, «dio a luz a un niño *de cabeza estrecha y larga* que, pese a los cuidados recibidos —o quizá por ello mismo—, vivió. *Para colmo de desventuras, se llamó Roedisio.*» (ORG 57)

Pero no todos los personajes salen tan mal parados por este procedimiento hipocóristico, como, por ejemplo, *Predilecto*, el hijo bastardo de Volodioso:

La historia y origen del joven *Príncipe Predilecto* era muy diferente a la de los Soeces [pues ya al nacer, su padre Volodioso] le estrechó contra su pecho, y dijo: «Tú eres mi predilecto». Desde aquel momento, le llamó así. Y ni en vida ni después de su muerte, nadie lo osó cambiar, y como *Predilecto* quedó en la memoria y en los labios de cuantos le conocieron. (ORG 84, 95)

O su madre *Lauria*, como la Laura petrarquiana «una criatura de belleza fresca y suave» (ORG 87), amante y único amor verdadero de Volodioso; quien por ello la *laureó* disponiendo que «se obedeciera y respetase a la *Marquesa Lauria* como Señora del Castillo y tierras adyacentes» (ORG 91).

³ ¡Recuérdese que en ningún caso se dice en español «los Gonzaleces» o «los hermanos Rodrigueces», sino «los González» y «los hermanos Rodríguez»! Al declinar el apellido se está subrayando su carácter apelativo y tipológico.

O *Almíbar*, el hijo de Sikrosio y el Hada Herrera (apellidada así por ser la esposa del Herrero), que «era tan dulce y simple que, no habiéndole bautizado sus padres, todos empezaron a llamarle **Almíbar**, y con ese nombre vivió y murió» (ORG 55).

O *Ardid*, «una hijita a quien todos adoraban, pues **era lista y graciosa como una ardilla**» (ORG 99-100). La esposa de Volodioso, madre de Gudú y amante del Príncipe Almíbar, es un personaje ansioso del saber científico y sobrenatural, cuya «ciencia matemática crecía junto a su ciencia del Subsuelo; y si sus ojos parecían antes los de una ardilla, ahora tenían la gravedad, la astucia y la profundidad de un ser muy superior⁴» (ORG 130-131). Ardid es en sí la verdadera protagonista de la historia, cuyo verdadero nombre jamás se llega a conocer.

Si observamos detenidamente estos y otros muchos nombres significantes o hipocorísticos que aparecen a lo largo de la novela, nos damos cuenta, de que no sólo reflejan la onomástica medieval, sino que también representan tipos de personas, de personajes, de elementos típicos del mundo real y del de la literatura.

Apelativos con mayúscula inicial como procedimiento de tipologización histórica

En cuanto al segundo procedimiento general, el reiterado uso de mayúsculas iniciales en apelativos, lo encontramos aplicado en antropónimos como en topónimos, en el más amplio sentido de éstos.

La cuestión esencial que se plantea aquí es la de determinar si los ejemplos encontrados se pueden considerar creaciones normales características de la onomástica de la Edad Media, o si se trata de creaciones inusuales con un fin especial como el aquí planteado. Esto evidentemente no es tarea fácil y en más de un caso podemos suponer ambas cosas.

Antropónimos

Se podría considerar normal la mayúscula inicial en títulos como Rey, Reina, Príncipe, Princesa, Margrave, Margravina, Marquesa, Conde, Condesa, o en cargos como el de Abad, Consejero, Alto Consejero, Real Consejero, Tesorero, Jefe de Ceremonias, Maestro de Armas o Capitán, aunque no en todos los contextos morfosintácticos o semánticos en que aparecen en la novela. Sin embargo, choca algo encontrar *Amo*, *Copero*, *Físico*, *Guardián*, *Vigía*, *Cautiva* o *Carcelero* con mayúscula inicial, especialmente en contextos como los siguientes:

[...] no había ambiciones semejantes en los ojos de Ancio: sólo bajo las órdenes de un **Amo**, se abría paso el más diestro ejecutor de humanas supresiones y torturas. (ORG 197)

Y tal cómo el **Físico** de la tropa aconsejó [...] (ORG 102)

[Almíbar por orden de Volodioso es nombrado Guardián de Ardid:] recibió las nuevas de la desgracia de Ardid, al tiempo que la delicada misión que se le encomendaba: ser su **Guardián**. (ORG 211)

⁴ Esta cita me parece tanto más interesante en cuanto explicita ya sea el fenómeno del cambio semántico en un nombre propio —*Ardid* < ardilla vs. *Ardid* < ardid, astuta— ya sea en el tropo de la metonimia.

Con disposición y firmeza [...] **Carcelero** y Reina penetraron en la estancia donde, ya totalmente inconsciente, moría el Rey. (ORG 237)

Almíbar, destinado a **Vigía**, vivía prácticamente en lo alto de la Torre con el **Vigía** verdadero. (ORG 62)

[Ansélico] Acompañado de su **Copero** en tan placenteras ocasiones [...].(ORG 100)

pues se trata de títulos o cargos que no expresan una dignidad o autoridad especial y están usados en contextos donde predomina el carácter de sentencia vulgar. La descripción de A. M. MATUTE deja claro al menos en el caso de «vigía» que la razón de la mayúscula inicial no tiene nada que ver con la dignidad o autoridad del cargo, y de hecho aparece siempre como apelativo en la obra donde desempeña un papel primordial —*La torre vigía*—:

El puesto de **vigía** solía encomendarse a la gente de más baja y mísera condición [...]. Nada más hablamos *el vigía* y yo [...]. (*La torre vigía* 188: 189)

El uso casi sin excepción de mayúscula inicial en los títulos y cargos antepuestos al nombre como en *el Rey Volodioso*, *el Príncipe Gudú*, o *la Margravina Volinka* tampoco se corresponde con las recomendaciones ortográficas, por ejemplo, del *Libro de Estilo* de *El País*:

[...] se emplea minúscula en los nombres de cargos, salvo que se trate de dignidades de carácter único, y aun en este caso siempre que no precedan al nombre de su titular [...]. (*EL PAÍS* 1996: 159)

De hecho A. M. MATUTE sigue a veces esta distinción:

El Rey quedó perplejo, y ya estaba dispuesto a arrasar el **Convento** con sus monjes dentro [...]. Un fraile del **convento de los Abundios** fue introducido bajo custodia en la Torre Este [...]. (ORG 209, 215)

Observemos, además, casos como

Era un **Príncipe** en verdad gentil (ORG 30)

Deseó encararse a las cabezas esculpidas en su cabecera y preguntarles si **un gran Rey** —o **un viejo Rey**— puede sufrir alucinaciones o agoreros presagios. (ORG 227)

Aquel gran Rey occidental [...] jamás prestó demasiada atención [...] a esta región fronteriza (ORG 43)

donde, desde un punto de vista sintáctico-semántico, no sólo parece evidente el valor apelativo de *príncipe* y *rey*, sino que éstos van precedidos del artículo indeterminado u otros elementos que expresan indeterminación. Sería éste un fenómeno extrañísimo en cualquier lengua en tanto la especificidad del nombre propio es prácticamente incompatible con la función generalizadora del artículo indeterminado. Es más, al colocar éste ante un nombre propio, lo convertimos en un nombre común, eso sí definiendo un cierto tipo de persona o

personaje. La minúscula inicial en estos casos (véanse un mercedes, una minipimer, un donjuán, un sambenito, un dondiego...) es prácticamente obligatoria.

En *Olvidado Rey Gudú* encontramos, sin embargo, frecuentemente nombres propios precedidos de un artículo indeterminado: «centro de **un** verdadero **Reino**» (ORG 25); «dependemos de **una** gran **Fuerza Mayor**» (ORG 120); «para llegar a disponer de **un** solo, grande y verdadero **Ejército**» (ORG 44); «sólo bajo las órdenes de **un** **Amo**» (ORG 197)... El marco presente nos impide tratar en detalle estos casos y entrar en la problemática de la indeterminación significada por el artículo indeterminado o determinado y otros adjetivos pronominales, o por la ausencia de determinante, que observamos también en los siguientes ejemplos: «Y tal cómo **el** **Físico** de la tropa» (ORG 102); «ser **su** **Guardián**» (ORG 211); «en lo alto de **aquel** **Torreón** de madera» (ORG 45); «**Aquel gran** **Rey** occidental» (ORG 43); «Almíbar, destinado a **Vigía**» (ORG 62); «con fiereza de **Rey** a **Rey**» (ORG 232)...

Observemos también denominaciones como el Príncipe **Heredero**, el Príncipe **Bastardo**, el Príncipe **Predilecto**, el Príncipe **Almíbar**, la Princesa **Guerrera**, la Princesa de las **Hordas**... Podemos aceptar Príncipe **Heredero** como título, o Príncipe **Predilecto** como título hipocorístico, y por ello escribirlos con mayúsculas iniciales; pero Príncipe **Bastardo**, con mayúsculas iniciales, sólo puede justificarse como titulado a un tipo determinado de personaje histórico, al igual que **Rey Bastardo** en el ejemplo:

[...] a través de su **hermano bastardo**—, la legendaria promesa que le hizo el Rey se cumplía. [...] Jamás Olar volvió a saber del **Rey Bastardo** [...] (ORG 40).

Si comparamos las denominaciones *hermano bastardo* y *Rey Bastardo* sólo en su contexto lingüístico, no encontramos razón alguna para que la segunda se escriba con mayúsculas iniciales. Sin embargo, si consideramos todas estas denominaciones en conjunto y en el contexto onomástico de la obra, constatamos que se están referenciando tipos de personajes históricos o del mundo de los cuentos, y entonces sí queda justificado escribir *Rey Bastardo* con mayúsculas iniciales como tipo histórico de los numerosos hijos bastardos que han sido reyes a lo largo de la historia de cualquier país.

Igualmente llamativo resulta el hecho de que, independientemente de su relevancia en la historia, numerosos personajes no reciban un nombre propio sino exclusiva, o preferentemente, el correspondiente a su cargo o profesión —*el Tesorero, el Administrador, el Jefe de Ceremonias, el Coper, el Físico, el Físico de la tropa, el Maestro, su Maestro Hechicero, el Hechicero, un Gran Guerrero, su Maestro de Armas, el Vigía, el precavido Herrero, su Herrero-Armero*...— y que otros con nombre y título sean citados en ciertos contextos, que por razones materiales no podemos exponer aquí, con un sobrenombre: *el Rey Soldado de Olar, el Gran Señor Predestinado, la repugnante Reina Bruja, la Doncella Prodigiosa, Ancio el Zorro, Gudú el Ignorado*,

El análisis detenido de unos y otros justifica pensar nuevamente en que la autora este recreando tipos históricos reales o literarios al igual que en el caso del viejo jabalí —*el Rey del Bosque, el Jabalí Rey*— que da muerte al rey Volodoso, o en el del árbol principal del bosque en *Aranmanoth*:

Era *el Árbol, el Gran Señor del Bosque*, el viejo, el antiquísimo Señor [...]. Era *el Árbol que algunos llamaban del Bien y del Mal*, aquel que otros decían *Árbol de la Vida, el árbol* que muchos amaban como sólo se puede amar a un viejo deseo. [...] *el Rey del Bosque* [en el que] anidan nuestros más oscuros

sueños [...] *el Árbol Rey* [que] les contemplaba desde su misteriosa grandeza (ORG 98, 103)

Topónimos

Los topónimos de *Olvidado Rey Gudú* muestran igualmente el doble intento de reflejar, por un lado, la toponimia transparente del mundo medieval, y de recrear por otro una serie de tipos. Algunos como *el Río Azul*, *el Gran Río*, *la Gran Catarata*, *el Brazo Gigante*, *el País de los Desfiladeros*, *el Fin del Mundo...* nos resultan familiares y los encontramos tal cual en más de un lugar de nuestro mundo: *el Río Azul* en Quintana Roo (México) y en Venezuela (un afluente del Aro). A veces los reencontramos ligeramente modificados: *el Río Grande* (Bolivia, Brasil, Nicaragua), véanse también *el Gran Lago del Esclavo*, los *Grandes Lagos* (EE UU), o en composiciones afines: *Nilo Azul*, *Danubio Azul*. Sin embargo los topónimos y gentilicios como *el País de los Desdichados*, *la Tierra de los Desdichados*, *el País de Nadie*, *el Pasillo de Nadie*, los *Jinetes Esteparios*, *las Hordas ecuestres llegadas de la estepa*, *las Hordas a caballo*, *las Hordas Feroces*, *las Hordas del Este*, *el Lago de las Desapariciones...* se han de entender necesariamente como «tipos» por razones similares a las expuestas más arriba al tratar los títulos nobiliarios, que se confirman igualmente en el caso de apelativos referidos a construcciones y objetos: La mayúscula inicial resulta normal en nombres como *el Monasterio de los Abundios*, *el Convento (de los Abundios)*, *el Castillo de Olar*, *la Puerta Volinka*, *la Puerta de Honor*, *la Puerta Sur...*; y puede ser aceptable en denominaciones como *el Dominio del Barón Anselico*, *la Ciudad de Olar*, *el Salón del Consejo*, *la Cámara Real*, *el Pasadizo de las Liviandades*, *el Gran Libro de las Sabidurías*, *el Rollo de la Verdad y la Mentira...*; pero no deja de sorprender en *el Ala Sur del Castillo*, *el Mercado*, *la Muralla*, *el Mercado de la Muralla*, *el Torreón*, *la Torre*, *la Torre Vigía*, *la Torre Negra*, *la Torre Este*, *la Plaza*, *el Patio de Armas*, *el Libro de los Linajes...*, y aún más en los siguientes ejemplos:

[...] el caldero donde ensayaba una cocción de *Raíces Fuentes de Juventud*[...]. (ORG 135)

[...] la maligna simiente que el Trasgo llamó *Raíz Desconocida* [...]. Y aunque él lo ignoraba, la casi aún invisible *Raíz Desconocida* creció un poquitín más dentro de su pecho. (ORG 127)

pues su mayúscula inicial no tiene una justificación ortográfica normativa, pero sí como caracterización tipológica de objetos que conceden la juventud eterna o de valores como el bien o el mal:

El anciano abrió su cofre, extrajo el *Rollo de la Verdad y la Mentira* y, a poco recitó una larga oración dirigida al caballo. (ORG 140)

Aquí *Rollo* se puede entender simplemente como descripción del formato de los libros en la antigüedad; aunque si lo comparamos con el siguiente ejemplo:

Estaba consultando [el Hechicero] su *Gran libro de las Sabidurías*, cuando dio con algo que le hizo meditar. (ORG 114)

es obligado pensar en connotaciones como «vaya rollo, qué mal rollo...» y en consecuencia podríamos interpretar las mayúsculas iniciales también aquí como procedimiento para tipologizar una determinada actitud moral —especialmente considerando que todos estos nombres transparentes aparecen casi sin excepción precedidos del artículo, a veces incluso indeterminado, y en contextos sintáctico-semánticos o narrativos que no justificarían normalmente su conversión a nombres propios—. Además, algunos de ellos también los encontramos escritos con minúscula en contextos similares en otras obras de la autora.

La comparación siguiente de algunos de estos términos en *Olvidado Rey Gudú* y en las otras dos novelas de la trilogía resalta y confirma el uso postulado de las mayúsculas iniciales:

Olvidado Rey Gudú

La torre vigía (TV) / Aranmanoth (A)

[Ansélico al Hechicero:] desde este momento te nombro *su Guardián*. (105)

[Almíbar por orden de Volodioso es nombrado *Guardián* de Ardid:] recibió las nuevas de la desgracia de Ardid, al tiempo que la delicada misión que se le encomendaba: ser *su Guardián*. (211)

—Así será, si lo ha dicho *un Hada*. (146)

[...] mi Señora la Princesa tuvo en la cuna —al igual que muchas princesas, como sin duda sabéis— *un Hada Madrina*, con quien su buen padre el Rey estaba muy bien relacionado. (150)

[...] y edificó *el tosco Torreón* de madera que más tarde sería Castillo y, mucho más tarde aún, centro de un verdadero Reino. (25)

Almíbar, destinado a *Vigía*, vivía prácticamente en lo alto *de la Torre* con el *Vigía* verdadero. (62)

[...] en los últimos años de su vida, de las horcas de *la Torre Vigía*, viéronse de continuo bamboleantes cueros [...]. (60)

[...] *la Torre Vigía* [...] donde un bello aprendiz de *Vigía* [...] escuchaba el lenguaje de los árboles y de las aves. (71)

El Vigía velaba sus noches [...] en lo alto de aquel Torreón de madera que se alzaba en el altozano [...]. (45)

Almíbar, destinado a *Vigía*, vivía prácticamente en lo alto de la Torre con *el Vigía* verdadero. (62)

Estepa adelante, al otro lado del Gran Río [...] —se

Aranmanoth alzó la cabeza, miró a Windumanoth, le sonrió dulcemente y dijo:

—Pues así se lo diremos a mi padre. Él es bueno y, además, me ha nombrado *tu guardián*. (A 81)

Un hada no puede permitirse esos caprichos (A 91)

El resto *del torreón* y sus estancias eran más bien lóbregas, destartaladas y llenas de mugre. (TV 11)
Y como *el torreón* de mi padre se desmoronaba a trechos [...]. (TV 29)

Bajaron apresuradamente hasta llegar a la puerta *del torreón*. (A 106)

No era devoto, mi padre, pero había levantado una capilla en el recinto *de la torre* [...]. (TV 16)

Al día siguiente la casa pareció temblar desde los cimientos de la decrepita *torre* hasta cada una de las estancias: se anunciaba el regreso del Señor de Lines. (A 106)

Levanté los ojos, para ver de dónde provenía tan poderoso sol: y distinguí un resplandor poco frecuente sobre las almenas de *la torre vigía*. (TV 186)

Sobre los restos de lo que fuera otrora *torre vigía* [...] (A 69)

[...] descubrí *al vigía* frente a mí, mirándome. (TV 187)

Los ojos *del vigía* parecieron confundirse en la borrosa luz del horizonte. Note su gran esfuerzo por distinguir algo; hasta que al fin volvió a hablar:

—¡*El fin del mundo!*... Pues *el fin del mundo* que yo

decían— no era ya *la Muerte* quien les aguardaba, sino *las Tinieblas del Fin del Mundo*. (165)

[...] algo que hasta aquel momento [...] el precavido *Herrero* había hurtado a sus [de Sikrosio] ojos: su esposa. (54)

[...] éste llamó aparte a *su Maestro Hechicero* [...] (105).

Él mismo [Volodioso], junto a *su Maestro de Armas*, seguía los progresos de sus hijos en tales menesteres. (193)

Y tras colgar de la Torre Negra a sus cabecillas —la Tierra de los Desdichados se extendía muy próxima al *Castillo de Sikrosio*—, la calma reinó nuevamente en Olar. (91)

[...] la cabeza de su hijo rodaba por los escalones de madera *del Castillo* en llamas [...] (41)

A pesar de haber crecido, aquel Torreón no podía de ningún modo llamarse *Castillo* ni cosa que se le pareciera. (46)

[...] aquel a quien —no en balde— bautizó *la Corte* con el sobrenombre de El Zorro. (197)

[...]. su gran eficacia como administrador y su gran astucia le elevaron, en la poderosa pero ignorante y confusa *Corte* de Volodioso, al codiciado puesto de Consejero. (78)

distingo no es para ti el triunfo de *la muerte*, ni el de la oscuridad. (TV 191)

Cuando al fin obtuvo su permiso, un júbilo poco común sacudió los ojos *del herrero*. (TV 20)

[...] y reconoció en aquel lamento la voz *del maestro herrero* de mi padre. (TV 19)

Le llamé Krim, y el caso es que este nombre es el mismo con el que distingue mi memoria *al maestro de armas* que me diera mi padre. (TV 30)

En el castillo del Barón Mohl hallé de nuevo a mis hermanos mayores. (TV 64)

[...] y tuvo que partir hacia *el castillo del Conde* a quien su padre rendía vasallaje. (A 10)

No lejos divisábanse los y las villas nacidas a cobijo *del castillo* que les defendía. (TV 68)

Fue entonces cuando llegó *al castillo* la noticia de la grave enfermedad y agonía del Señor de Lines [...]. (A 10)

La torre donde habitaba el Barón, su familia y *la pequeña corte* que le rodeaba, era la más grande y lujosa o así me lo pareció a mí que pudiera imaginarse. (TV 68)

CONCLUSIONES

Los numerosos nombres transparentes y sobre todo el conjunto de todos ellos enmarcado en la historia narrada obligan a pensar que la onomástica de *Olvidado Rey Gudú* tiene, además de la mera función referencial, que le permite al lector identificar el mundo descrito con los mundos reales y fantásticos que conoce, una función tipologizadora, que le permite generalizar y aplicar a cualquier otro momento de la historia de la humanidad, así como al propio mundo, los tipos creados, es decir universalizar lo narrado como algo eternamente válido. Para la primera, la función referencial, se sirve tanto de nombres inventados, cuya forma o significado remiten a tipos concretos o universales de nuestra historia —personas, animales, plantas, objetos, lugares...— como de apelativos reales; para la segunda, la función tipologizadora, convierte un gran número de apelativos en nombres propios a través de la mayúscula inicial.

A. M. MATUTE crea en *Olvidado Rey Gudú* un mundo fantástico —en tanto no existe históricamente y en tanto la fantasía forma parte inseparable de él— comparable a los mundos creados por otros autores como J. R. R. Tolkien en *El Señor de los Anillos*, Marion Zimmer Bradley en *Las Nieblas de Avalón* y en la serie sobre el planeta *Darkover*, o los

mundos de *Star Trek*, *La Guerra de las Galaxias*, *Duna*, y los de otros muchos escritores de literatura medievalizante, de Fantasía o de ciencia-ficción. La diferencia entre uno y otros reside en que los creadores de estos mundos de ficción, en el mismo acto de la creación de sus mundos crean también nuevas lenguas y nuevos nombres, de manera que, en el mejor de los casos, el lector puede relacionar alguna característica del personaje, el lugar o el objeto nominado con algún referente de nuestro mundo. Pero en ningún caso se observa una onomástica tan transparente en su totalidad como la de *Olvidado Rey Gudú* ni que en su conjunto tipologice de manera tan sistemática nuestra sociedad humana a lo largo de los tiempos y de su fantasía. La enorme creatividad onomástica de la que hace aquí gala la autora está en perfecta consonancia con la maestría y el exquisito lenguaje de su obra. Quien esté acostumbrado a leer novelas de la Edad Media, ya sean históricas o de Fantasía, se sorprenderá ante el estilo de A. M. MATUTE, especialmente en *La torre vigía* donde contrasta la crueldad de la historia con una prosa prácticamente lírica.

BIBLIOGRAFÍA

- ARIZA, MANUEL (1992): «Toponimia española», en HOLTUS, G., METZELTIN, M. y SCHMITT, C., pp. 474-482. Capítulo 392. Spanisch: Toponomastik a) Toponomastik Spaniens.
- BOSSONG, GEORG (1993): «Ein wichtiger Meilenstein in der Erforschung des Iberischen und der präromanischen Toponomastik der iberischen Halbinsel», (anlässlich von Juan Luis Román del Cerro 1990)», en *Zeitschrift für romanische Philologie* 109, 1993, pp. 578 - 589.
- (2002): «Der Name al-Andalus: neue Überlegungen zu einem altem Problem», en Restle, David y Zaefferer, Dietmar (eds.), *Sounds and Systems. Studies in Structure and Change. A Festschrift for Theo Vennemann*, Berlin y New York, Mouton de Gruyter, pp. 149-164, (Trends in Linguistics: Studies & Monographs 141)
- CANO GONZÁLEZ, ANA MARÍA y KREMER, DIETER (2001): «Estudio de los nombres propios», en HOLTUS, GÜNTER, METZELTIN, MICHAEL y SCHMITT, CHRISTIAN, *Lexikon der Romanischen Linguistik* I,1, Niemeyer, Tübingen, pp. 868-899. Capítulo 33. Onomastik a) Eigennamen.
- CASADO VELARDE, MANUEL y GONZÁLEZ OLLÉ, FERNANDO (1992): «Formación de palabras», en HOLTUS, G., METZELTIN, M. y SCHMITT, C., pp. 91-109. Capítulo 365. Spanisch: Wortbildungslehre.
- DULCE, JOSÉ ANDRÉS (2001): *Ana María Matute. Escritora. «La Edad Media nos ayuda a explicar muchas de las cosas que ocurren hoy»*. Entrevista con Ana María Matute realizada en Tenerife, 22-3-2001, <www.eldia.es/entrevistas/anamariamatute>, visitada 22-03-2001.
- EL PAÍS* (1996): *Libro de estilo*, Madrid, *El País*.
- HOLTUS, GÜNTER, METZELTIN, MICHAEL y SCHMITT, CHRISTIAN (1992): *Lexikon der Romanischen Linguistik* VI,1 Niemeyer, Tübingen.
- KREMER, DIETER (1992): «Antroponimia», en HOLTUS, G., METZELTIN, M. y SCHMITT, C. 1992, pp. 457-474. Capítulo 391. Spanisch: Anthroponomastik.
- LAPESA, RAFAEL (1981): *Historia de la lengua española*, Madrid, Gredos.
- LEÓN, VÍCTOR (1994): *Diccionario de Argot español*, Madrid, Alianza Editorial.
- MATUTE AUSEJO, ANA MARÍA (1997): *Olvidado Rey Gudú*, Barcelona, Círculo de Lectores.

- (1998): *La torre vigía*, Barcelona, Círculo de Lectores.
- (2001): *Aranmanoth*, Barcelona, Círculo de Lectores.
- MORA, ROSA (2001): *El hechizo del relato*, Entrevista con Ana María Matute del 18-8-2001, <www.elpais.es/suplementos/babelia/20010818/b2>, visitada 18-8-2001.
- PITA, ELENA, *Ana María Matute* (2002): Entrevista con Ana María Matute, <www.el-mundo.es/larevista/num113/textos/entrevista>, visitada 20-04-2002.
- ROMÁN DEL CERRO, JUAN LUIS (1990): *El desciframiento de la lengua ibérica en «La Ofrenda de los Pueblos»*, Alicante, Aguaclara.
- RUIZ CAMACHO, ANTONIO: *Ana María Matute/ 'Siempre he sido una rarita'*, Entrevista con Ana María Matute, <<http://query.infosel.com/entrevista>>, visitada 25-02-2002.
- VENNEMANN, THEO / NOEL AZIZ HANNA PATRIZIA (ed.) (2003): *Europa Vasconica - Europa Semitica*, Berlin, Mouton de Gruyter (Trends in Linguistics: Studies & Monographs 138).